

de compasión de la infeliz esposa cuyas lágrimas hacían correr; solicitaba la amistad de un corazón que acababa de atravesar con agudo puñal.

La madre de Mila llena de impaciencia por las escursiones de esta, la había amenazado con arrojarle agua al rostro; castigo que las matronas indias imponen á sus hijos; mas la inobediente doncella había respondido que prendería fuego á la cabaña de su madre; los parientes reían, y Mila proseguía buscando á René.

Hallabase este sentado una noche á orillas de uno de esos lagos que tanto abundan en los bosques del Nuevo-Mundo; algunos árboles aislados rodeaban las márgenes; el pelicano, con el cuello doblado y ocultando su pico á manera de un haz en su pecho, posaba inmóvil en la cresta de un peñasco; las parras montaraces hacían resonar su ronca voz en las copas de los magnolias, mientras las aguas del lago, tersas cual un espejo, reflejaban los purpurinos rayos del sol en el occidente.

Presentóse Mila y dijo: «¡Héme aquí! estoy llena de zozobra, te lo aseguro; temía ser reconvenida.»

—¿Y por qué reconvenirte? respondió René.

—Lo ignoro, repuso Mila, sentándose familiarmente en las rodillas del guerrero blanco.

—¿Abrigas algún secreto?

—Gran Espíritu! ¿puedo yo abrigar algún secreto? En vano pienso en ello, pues nada recuerdo.

Esto diciendo, Mila apoyó sus lindas manos sobre las rodillas de René, inclinó la cabeza sobre las manos, y se puso á meditar mirando el lago. René padecía al verla en tal actitud, pero no tenía bastante valor para rechazarla. Al cabo de algún tiempo advirtió que Mila se había entregado al sueño.

—Edad de candor, que ningún peligro conoces! ¿edad de confianza, cuán rápida te deslizas! «¡Cuán feliz serías, Mila, murmuró sordamente René, si durmieses aquí tu último sueño!»

—¿Qué dices? preguntó Mila, al salir de su letargo. ¿Por qué me has despertado? ¿Soñaba unas cosas tan agradables!

—Mejor sería que me cantases una canción, que dormir como una niña.

—¿Es verdad! espera á que me despierte. Y limpió sus ojos dominados por el sueño y las lágrimas.

Recuerdo, dijo, una canción de Celuta. ¡Oh cuán dichosa es Celuta! ¡y cuánto merece serlo! Es tu mujer; ¿verdad?

Mila se puso á cantar: había en su voz una dulzura en que se confundían la inocencia y la voluptuosidad; pero no pudo cantar mucho tiempo, pues embrolló todos sus recuerdos y lloró de despecho viendo que no podía repetir la canción de Celuta.

Su madre, que la seguía, la encontró sentada en las rodillas de René, y la golpeó con un manojo de liras; pero la doncella huyó arrojando las hojas á su madre. La imprudente cólera de la matrona descubrió la escursion de su hija, cuya noticia cundió por todas partes. La misma Mila se apresuró á decir á Celuta que había dormido sobre las rodillas del guerrero blanco, á la orilla del lago. La desventurada Celuta no había menester de lo que consideraba como una nueva prueba del infortunio que la abrumaba.

El hermano de Amelia conocía bastante las pasiones para no advertir la que nacía en el corazón de Mila; por lo cual se mostró mas severo con ella: este inesperado rigor alarmó á la linda salvaje, cuyos rechazados afectos se reconcentraron en todo lo que René amaba: en Celuta, en Outougamiz, que había salvado con tanto arrojo al guerrero blanco, y que con tanta agilidad había nadado en el río. Mila encontraba muchas veces á Outougamiz en las cabañas, y la sencillez heroica del mancebo complacía á la maliciosa sencillez de la doncella.

—Tú has salvado á tu amigo del cuadro de fuego,

decía un día Mila á Outougamiz; ¿Qué acción tan generosa! Yo hubiera querido hallarme allí. Mucho me hubieras molestado, replicó aquel; porque hubieras sufrido mucha hambre; y ¿qué alimento te habría yo dado?

—¿Es verdad! repuso la india, pero si me hubiera hallado allí hubiera tomado la cabeza de tu amigo en mis dos manos; hubiese aplicado á sus ojos el calor de mis labios, y para ver si su corazón latía aun, hubiera puesto mi mano sobre él. Y Mila puso su mano sobre el de Outougamiz.

—No hagas tal! le dijo el salvaje. ¿Acaso te sientes enamorada? «¡No, ciertamente! replicó asustada la india; pero lo preguntaré á Celuta.»

El alma de la juventud, al emprender su vuelo, ensaya todos los sentimientos y bebe como el inesperto niño en todas las copas, ya dulces, ya amargas, pues solo por medio de la experiencia aprende á darse cuenta de su conducta. Atraída al principio por René, Mila no tardó en descubrir en este cierta cosa que le alejaba mucho de ella. El corazón de Outougamiz era el que convenia al de Mila; su mútua simpatía, una vez declarada, prometía ser duradera, y esta simpatía iba á nacer.

—Mas, ah! ¿Esos sencillos y graciosos amores que hubieran debido brillar bajo un cielo tranquilo, se formaban en el aciago momento de terribles tempestades! ¡Desgraciados los que empezais á vivir al estallar las revoluciones! Amor, amistad, reposo, estos bienes que constituyen la felicidad de los demás hombres os faltarán, pues no tendreis tiempo para amar ni para ser amados. En la edad risueña en que todo es ilusiones, os perseguirá la horrorosa realidad; en la edad venturosa en que todo es esperanzas, ninguna alimentareis; os será forzoso romper anticipadamente los lazos mas dulces de la vida, por temor de multiplicar unos afectos que tan pronto deben apagarse!

René, que vivía en sí mismo y como fuera del mundo que le rodeaba, apenas echaba de ver lo que en su derredor ocurría; nada hacia para destruir unas calumnias que ignoraba, ó que hubiera despreciado si las hubiese conocido; calumnias encaminadas nada menos que á acumular sobre su cabeza calamidades públicas y disgustos domésticos. Encerrado en el seno de sus ocultos dolores y de sus meditaciones, en aquella especie de soledad moral, haciase cada día mas intratable y salvaje; soportando mal un yugo cualquiera y mirando como importunos todos los deberes, le agobiaban todos los cuidados de que era objeto; se le atormentaba al amarle. Complacíase solo en discurrir al azar, y nunca decía á donde iba ni de donde venía, pues él mismo lo ignoraba. ¿Sentíase agitado por remordimientos ó por pasiones? ¿Ocultaba vicios ó virtudes? Nadie podía decirlo; todo podía creerse de él, menos la verdad.

Sentada á la puerta de su cabaña, la misera Celuta esperaba á su esposo dias enteros; mas no por esto le acusaba, sino que se acusaba á sí misma de no poseer bastante belleza ni bastante ternura. En la generosidad de su amor, no hallaba dificultad en persuadirse de que podría llegar á ser amiga de cualquiera mujer; dueña del corazón de René; pero al acercarse su hija á su pecho, no podía menos de anegarla en lágrimas. Cuando su esposo volvía, Celuta preparaba los manjares y solo pronunciaba dulces palabras; solo temía hacerse importuna; fingía una sonrisa que espiraba en sus labios; y cuando dirigiendo furtivas miradas á René, le veía palido y agitado, hubiera dado toda su existencia para procurarle un momento de reposo.

Chactas intentaba algunas veces calmar con su tranquila razon las amarguras del alma de su jóven amigo, mas no podía arrancarle su secreto. «¿Qué tienes? le preguntaba; tu deseabas la soledad; ¿no te

«basta ya? ¿Habías creído que tu corazón era inagotable? ¿Los manantiales corren siempre?»

—Pero, ¿quién puede evitar, replicaba René, que al ver disipada la felicidad, se juzgue terminada la vida? ¿Por qué los amigos inseparables no llegan unidos al mundo donde las felicidades son eternas?

—Yo no concedo mas valor que tú á la vida, respondió el sabio sachem: si morimos soñamos olvidados; si vivimos, nuestra existencia no ocupa mas espacio que nuestra memoria. ¿Qué significan en la naturaleza nuestros regocijos y nuestros dolores? Pero, ¿por qué te ocupas de lo que tan poco dura? Tú has llenado ya entre nosotros los deberes de un hombre para con su patria adoptiva, pero aun tienes otros que cumplir. ¿Acaso no esperarás mucho tiempo lo que tanto deseas.

Oráculos son las palabras de la ancianidad: todo en efecto, empezaba á precipitar la catástrofe en el país natche. Los emisarios de Onduré habían vuelto con palabras favorables de parte de las naciones indias. El general francés, que había recibido suficientes refuerzos, no necesitaba ser escitado secretamente, como lo era por Febriano, para promover violencias contra René, Chactas y Adario. Chepar instaba á Onduré para que cumplierse sus promesas relativas á la repartición de las tierras, y Onduré le contestaba que las cumpliría cuando se le librara de sus adversarios.

Las calumnias propaladas por Onduré, secundado por el sacerdote, habían producido todo su efecto contra el hermano de Amelia; así, en concepto de los Natchez el impio René era el cómplice oculto de los aviesos propósitos de los franceses; y en concepto de estos, el traidor René era el enemigo de su antigua patria.

La familia de Chactas, en cuyo seno pasaba ya Mila sus dias, tomaba una mañana el acostumbrado desayuno en la cabaña de Celuta, cuando vió entrar al granadero Santiago, portador de un billete del capitán de Artaguette, dirigido al hijo adoptivo de Chactas, ó en su ausencia, á este venerable sachem. Este billete daba noticia á René de la orden que acababa de ser espedita para prenderle con Adario; el capitán decía al hermano de Amelia: «No pierdas un momento en ocultarte á tus enemigos. Estás acusado de haber esgrimido tus armas contra la Francia, y se ha nombrado ya un consejo de guerra para juzgarte. Adario, á quien se retendrá como prisionero mientras no se concedan las tierras, responderá de la conducta de los Natchez. El general no se atreve á poner aun la mano en la cabeza de «Chactas.»

A esta lectura, Celuta cayó en una convulsión y bendijo por la vez primera la ausencia de René, á quien hacia dos dias no había visto. Celuta, Mila y Outougamiz resolvieron marchar á los bosques en su busca, para mantenerle lejos de las cabañas; y Chactas, con el resto de la familia, corrió á la de Adario.

Noticioso este de su suerte, no solo se negó á huir, sino que desenvolviendo una estera, se sentó en ella. Fatigado por los gritos que le rodeaban, exclamó con una voz terrible: «¡Indigna familia! ¿qué me aconsejas? ¡Ocultarme á unos miserables bandidos! ¡dar tan funesto ejemplo á la juventud! ¡Chactas! Yo esperaba otros sentimientos en uno de los padres de la patria!»

«¿Y de qué utilidad pueden servir á la patria tu prision ó tu muerte? respondió Chactas; por el contrario, ocultándote, tal vez desde mañana podremos defendernos de los enemigos de nuestra libertad; pero hoy nos falta el tiempo; no sé qué mano pérfida ha alejado la mayor parte de los guerreros jóvenes.»

«No! dijo Adario, no me ocultaré; os dejo al cuidado de vengarme.»

Adario se levantó y empuñó sus armas, sin que su familia se atreviese á oponerse á su designio. El imperturbable sachem volvió á sentarse, y un profundo silencio reinó en su derredor.

Oyérouse entonces los pasos de una partida de concesionarios, acaudillados por Febriano. A la derecha del sachem estaba su hijo; á su espalda, su anciana esposa y su jóven hija, madre de un niño, á quien tenia en brazos; delante de él estaba Chactas apoyado en un háculo blanco.

Febriano desplegó al entrar una orden, y mandó á Adario que le siguiese.

«¡Si! voy á seguirte, dijo el sachem; veo que me has reconocido; en verdad que te inspiré bastante miedo el dia de la batalla, para que te acuerdes de mí.»

Adario se levantó precipitadamente de la estera, y apoyó la punta de un venablo en el cobarde pecho de Febriano. Chactas, cuyos ojos no dirigían ya sus trémulas manos, intentó en vano, en la noche que le rodeaba, desviar los golpes y hacer oír palabras de paz. El renegado retrocedió, pero la partida que le seguía continuó su marcha, y los gritos en que prorumpió la familia llenaron los circunvecinos lugares. Las mujeres consternadas se suspendieron de los fusiles de los concesionarios; resonó entonces una voz: la partida hizo fuego, y el hijo de Adario cayó muerto al lado de este. El sachem se defendió durante algún tiempo detrás del cuerpo de su hijo; Chactas fue derribado y pisoteado; un denso humo oscureció los aires; la cabaña era presa de las llamas; ¡todos huýeron! Maniatado por Febriano, Adario fue conducido con su esposa, su hija y su nieto al fuerte de Rosalia, mientras otros sicarios del cómplice de Onduré enviados á la cabaña de René, solo hallaron en ella el silencio y la soledad.

Los habitantes de la colonia acudieron en tropel al paso de los presos, que hubieran inspirado una viva compasión, si no bastase entre los hombres ser blanco del infortunio para ser odiado y perseguido por ellos. D' Artaguette, que se había negado á conducir los soldados á las cabañas de los Natchez, sufría un arresto militar, y niugun auxilio podia prestar á la cautiva familia.

Habiéndose reunido el consejo de Chepar, Febriano declaró que Adario se había resistido á mano armada, despreciando las órdenes del rey; y que había sido preciso apoderarse de su persona á viva fuerza. Entonces se emitieron dos pareceres: el primero, trasladar al rebelde á las islas; el segundo, venderlo con su familia en el fuerte de Rosalia. Este parecer obtuvo la preferencia. El general escogió el partido mas violento, como el mas capaz de producir en los Natchez un saludable terror; porque la imprudencia y la dureza se presentan siempre á las inteligencias mezquinas como grandes recursos de astucia y valor. Resolvióse, pues, que Adario, su esposa y sus hijos fuesen vendidos en el acto públicamente para ser empleados en los trabajos de la colonia.

Onduré pasó en secreto algunas horas en el fuerte de Rosalia, y Febriano le informó del fallo espedito por el consejo; el salvaje se regocijó de ello, así como de la muerte del hijo de Adario y del incendio de la cabaña. Deploraba únicamente no haber podido derribar del primer golpe su víctima principal; pero se consolaba pensando que René solo se había susstraído á su suerte por poco tiempo.

El pérfido indio esperaba hallar en su colmo la rabia de los Natchez, y los ánimos dispuestos á emprenderlo todo; ¡no se equivocaba! Al volver del fuerte de Rosalia, se dirigió al lugar donde Chactas había reunido las tribus despues de la brutal violencia de que Adario y su familia habían sido objeto; esto pasaba en la margen del lago de los bosques, en

el lugar donde Mila se había dormido en las rodillas de René.

Onduré se presentó con aspecto triste á la silenciosa asamblea, y todos los ojos se dirigieron hácia él. Los guerreros jóvenes, recién llegados de una larga cacería, le preguntaron: «¿Tutor del Sol! ¿qué nos aconsejas?»

«Mi opinión, respondió modestamente el astuto salvaje, es la de los sachems.»

Estos aplaudieron tal moderación, excepto Chactas que adivinó al hipócrita.

—¡Explíquese la Mujer—Jefe!—gritaron todos.

—¡Oh desgraciados Natchez! dijo la supeditada y criminal Akansia; ¡se conspira!... y calló.

—¡Es preciso obligarla á que hable! fue el clamor general. Entonces Onduré dijo:

—¡Observad, oh guerreros! que el hijo adoptivo de Chactas, á quien se presentaba como una de las víctimas designadas por Chepar, se ha librado, no obstante, de la traición de nuestros enemigos, mientras Adario gime en dura prisión. ¡Sachems y guerreros! ¿teneis alguna confianza en mí?

—¡Sí! ¡sí respondieron mil voces: la de Chactas no fue escuchada en aquel momento de entusiasmo.

—¿Queréis hacer, prosiguió Onduré, lo que determinaré para salvarlos?

—¡Habla y te obedeceremos! volvió á responder la asamblea.

—¡Pues bien! dijo Onduré; tornad á vuestras cabañas, no mostreis resentimiento alguno, aparentad sumisión, sufrid nuevas injusticias, y yo os prometo... Pero no es tiempo de hablar. Yo descubriré al gran sacerdote lo que Athaensia me ha inspirado.

—¡Si, Natchez! Athaensia se me ha aparecido en el valle. Sus ojos despedían llamas, sus cabellos flotaban al aire, como los rayos del sol á través de las nubes de la tempestad; su cuerpo se mostraba inmenso é indefinible, y no era posible mirarla sin sentir todos los terrores de la muerte.» «¡Libra la patria! me dijo, concierta todo con el servidor de mis altares!... Entonces la aparición me reveló lo que desde luego debía comunicar solo al sacerdote: ¡son misterios formidables!

La asamblea quedó horrorizada y el gran sacerdote exclamó: «No lo dudemos: Athaensia ha depositado su poder en Onduré. ¡Guerreros! el tutor del Sol os manda por mi voz que os separeis. Retiráos, pues, y abandonad tranquilos al cielo el cuidado de vengaros.»

A estas palabras, los salvajes se dispersaron poseídos de un terror religioso que las sombras y la calma de los bosques contribuían á aumentar.

Onduré no deseaba armar en aquellos momentos á los Natchez contra los franceses, pues como no tenían fuerza bastante para alcanzar la victoria, todo se hubiera reducido á una acción tan poco decisiva como la primera. Por otra parte, el salvaje no quería un combate franco y leal, sino que se proponía dar un golpe mas seguro, pero mas tenebroso. No se hallaban los negocios suficientemente preparados y estaba aun lejos el día en que el complot podía estallar con buen éxito.

El desdeñado amante de Celuta había convertido la ausencia de su rival en un nuevo motivo de calumnia, que no satisfecho con perderle en la opinión de los Natchez, le hacia buscar por todas partes para entregarlo á los franceses. Con muy diferente propósito, Celuta se había apresurado á seguir las huellas de su esposo; pero en vano interrogara á los peñascos y á las malezas. Salía de su cabaña y volvía á ella, temiendo que René hubiese tomado otro camino; algunas veces proyectaba dirigirse al fuerte de Rosalia, imaginando que el objeto de su ternura habría sido ya conducido á él; otras se sentaba en las enervadas, y ávidas sus miradas recorrían los dife-

rentes senderos que entre la espesura se dilataban y no se atrevía á llamarle, temerosa de descubrirle con su voz. La tierna Amelia no dejaba los brazos de su madre, que hallaba fuerzas al llorar sobre aquel idólatro testigo de su intenso dolor.

Outougamiz, inspirado siempre cuando se trataba de los peligros de su amigo, había sido mas dichoso que su hermana: mucho tiempo hacia que había descubierto que aquel se complacía en dirigirse á una colina cuyo pie bañaba el Meschacébé y en cuya falda se veía una gruta fúnebre, por lo cual se encaminó hacia aquel paraje. Otro instinto condujo á Mila al mismo lugar: la paloma trasladada á larga distancia, halla á través de los campos etéreos el camino que le conduce hasta su compañera.

Los dos fieles mensajeros se encontraron á la entrada de la gruta. «¿Qué te trae aquí?» preguntó Mila á Outougamiz.

«¡Mi genio! le respondió el salvaje, y le mostró la cadena de oro. ¿Y á tí, Mila, quién te ha conducido á este lugar?»

«Lo ignoro, replicó la india; cierta cosa que acaso es la mujer de tu Genio. Ya verás como hemos adivinado, y que el guerrero blanco está oculto aquí.»

En efecto, vieron á René sentado mirando el río bajo la bóveda de la caverna; á su lado tenía un libro, algunos frutos, maíz y armas. Esta caverna era un lugar temible á los natchez, pues habían enterrado en ella parte de los huesos de sus padres, y decían que un espíritu de la tumba velaba día y noche en aquella triste mansion.

«¡Oh! exclamó Mila; mucho miedo tendría si el guerrero blanco no estuviese aquí.»

Lleno de asombro á la vista de su hermano y de la joven india, René creyó se habían dado una cita en aquel santuario, tan propio para recibir un juramento; y como deseaba con ahínco su enlace, se regocijó al verlos allí.

Outougamiz y Mila nada le dijeron acerca del verdadero objeto de su ida á la gruta; ¡tanta es la inteligencia de los corazones sencillos cuando se trata de lo que aman! Entrambos comprendieron que si revelaban á René los peligros de que se veía amenazado, lejos de poder detenerle, se sustraería á su cariño. La ingenua pareja dejó, pues, al hombre blanco creer lo que quisiera imaginarse, y solo procuró detenerle en aquel retiro por medio del atractivo de una conversación amistosa.

El hermano de Celuta, que ignoraba lo que había pasado entre los Natchez, suponía que Adario se habría alejado con Chactas hasta el momento en que los hijos del Sol pudiesen vengar su injuria. Outougamiz deseaba calmar las zozobras de su hermana, pero no quería dejar á René y esperaba que Mila hallaría algún pretexto para alejarse é ir á dar un consuelo á aquella infeliz mujer.

«¡Sublime hermano mio! dijo René al joven salvaje con una sonrisa que pocas veces desarrugaba su frente; ¿vienes á salvarme otra vez? ¿qué anuncian esas armas? Ningun peligro debo temer; me hallo entre los muertos y tú sabes que son mis amigos. ¿Y tú, Mila; ¿qué buscas? ¡la vida sin duda! mas la vida no mora aquí, y no podrias devolverla á este montón de polvo, que acaso se negaría á recibir.»

El religioso Outougamiz callaba; Mila temblaba, y en su terror se asia entreceramente á él. El tibio rayo de luz que en la caverna penetraba, servia únicamente para redoblar su horror: las blancas osamentas reflejaban una claridad fantástica, á la cual se creía ver removerse y animarse los inmoviles é insensibles restos de las pasadas generaciones. El río atropellaba sus aguas á la entrada de la misteriosa caverna, mientras las marchitas yerbas, asidas á

la bóveda, se estremecían al leve soplo del viento.

Mila, al intentar acercarse á René, tropezó en un montón de huesos que rodaron con extraño rumor y cubrieron sus pies. La joven gritó despavorida: «¡Voy á morir! ¡voy á morir!» Su terror era inesplicable.

«¡Joven amiga mia! le dijo el hermano de Amelia, ¡tranquilízate!» «¡Yo te juro, le replicó la india, que estos huesos han hablado!»

«¡Hablado!» dijo Outougamiz sorprendido.

René se sonrió, hizo sentar á Mila á su lado y tomándoles la mano, le dijo:

«Si, ¡han hablado! Los sepulcros nos dicen que en su seno terminan nuestros dolores y nuestras alegrías, y que despues de habernos agitado un momento sobre la tierra, pasamos al descanso eterno. Mila es encantadora, y su corazón palpita con toda clase de amor; mi admirable hermano es todo alma; pero despues de exhalar algunos suspiros sobre la tierra, y ¡plegue á Dios sean de ventura! el corazón de Mila se helará para siempre, y las cenizas del hombre á quien la amistad hizo llevar á cabo tantos prodigios, serán confundidos con el vil polvo del que jamás amó!»

Interrumpióse René, y apoyando meditabundo la frente en su mano, miró en silencio la lenta corriente del río.

«¡Habla mas! le dijo Mila; es tan triste, y no obstante, tan dulce lo que dices!»

Dirigiendo René sus miradas al interior de la caverna, y fijándolas en un esqueleto, dijo súbitamente: «¡Mila! ¿podrias decirme su nombre?»

«¡Su nombre! repitió asustada la india; lo ignoro, porque todos estos huesos son iguales.»

—Tú me haces ver lo que nunca hubiera visto por por mí solo, dijo Outougamiz; ¿tan poco valen los muertos?

—La naturaleza del hombre es el olvido y la pequeñez, le respondió su amigo; vive y muere ignorado. Dime, querido Outougamiz: ¿oyes crecer la yerba en esta calavera que acereo á tus oídos? No en verdad. ¡Pues bien! las ideas que en ella vejetaron un día, no se hicieron oír mas en el trono de Dios! La existencia corre á la entrada del subterráneo de la muerte, como el Meschacébé á la de esta lúgubre caverna; los bordes de su estrecha abertura nos impiden espaciar nuestras miradas hácia arriba y hácia abajo por el río de la vida; vemos tan solo pasar á nuestros ojos un escaso número de hombres que viajan desde la cuna al sepulcro en su rápida sucesión, sin que nos sea dado descubrir á donde van ni de donde vienen.

—Concibo muy bien tu idea, dijo Mila. Si yo dijese á mi vecino, situado en otra caverna encima de esta: ¡vecino mio! ¿has visto pasar esa ola tan brillante? (supongo que era una joven doncella), me respondería tal vez: He visto destizarse una ola turbia, porque la tempestad ha bramado entre tu caverna y la mia.

—Me has comprendido admirablemente Mila, dijo René; ¡sí! eso somos, al huir sobre la tierra: nuestro brillo y nuestra felicidad abarcan muy reducido trecho, pues la ola de nuestra vida se enturbia antes de desaparecer.

—Tú me alientas! exclamó Mila; ¡y tenía tanto miedo al entrar en la gruta! Ahora podría tocar lo que poco há no me atrevía á mirar. La delicada mano de Mila tomó la calavera que René no había colocado aun entre las demás, y vió salir de ella un hormiguero.

—¡Hé ahí la vida en la muerte! dijo René. Bajo este punto de vista, la tumba nos abre un campo inmenso de ideas. En este cerebro que contenía en otro tiempo un mundo intelectual, habita ahora un mundo dotado tambien de movimiento y de inteli-

gencia; mas esas hormigas perecerán á su vez. ¿Qué nacerá de su átomo de polvo?

René calló, y Mila, animada por el primer ensayo de su raciocinio, dijo á Outougamiz:

—Creo que si llegara á ser tu esposa, y tú murieses como los que aquí yacen, sería tanta mi tristeza que me moriría tambien.

—Yo te aseguro que no moriré, repuso con viveza Outougamiz; yo te prometo vivir, si quieres ser esposa mia.

—¡Sí! dijo Mila; ¡peregrina promesa! con tu amistad al guerrero blanco, me cumplirías bien tu palabra!

Mila, que había olvidado dejar la calavera que recibiera de mano de René, daba calor, estrechándolo sobre su seno, al horroroso y glacial despojo del rostro humano: sus hermosos cabellos daban sombra al descarnado cráneo; y con sus coloradas mejillas, sus purpúros labios y todas las gracias de su lozana juventud, Mila se asemejaba á las flores del escaramujo que crecen en los cementerios campestres, é inclinan sus corolas sobre las calladas tumbas.

Solo las grandes emociones producidas por el espectáculo de la gruta fúnebre, y su ardiente amistad á René, pudieron alejar por un momento de la mente de Outougamiz el recuerdo del peligro que amagaba á sus parientes y á su patria. El niño hizo una ligera seña á Mila, que la comprendió y dijo: «¿Cuánto há que estoy aquí! ¡Cuánto me van á reunir! Y corrió, no en busca de su madre sino de Celuta, para decirle que el guerrero blanco estaba en seguridad. Outougamiz quedó al lado de René, y fingiendo un poco de cansancio y de malestar, declaró quería descansar en la gruta; medio cierto de retener en ella á su amigo.

Mientras estaban encerrados en aquel tabernáculo de la muerte, el fuerte de Rosalia era teatro de muy tristes escenas.

Si Chactas se hubiese hallado preso en lugar de Adario, hubiese consolado con sus sabios consejos á sus amigos; pero Adario, siempre taciturno y severo, no sabía hacer hablar con gracia su corazón en sus labios; ocupábase poco de su familia, y menos aun de sí mismo, pues reservaba todos sus pensamientos y dolores á su patria.

Para sufrir el fallo del consejo y para ser vendido en pública subasta, había sido llevado á la plaza pública, donde se hallaba reunida la siempre curiosa muchedumbre. Su esposa y su hija, que conducía en sus brazos su tierno hijo, le seguían llorando; pero el sachem se volvió bruscamente hácia ellas y les mostró con la mano la cabañas de la patria; á este grave ademán, las dos mujeres ahogaron sus sollozos. Un estenso círculo se formó en derredor de la familia india, y los principales negociantes que se dedicaban á la trata de negros y de indios, se acercó á ella, empezando por desnudar á los esclavos. La esposa y la hija de Adario, ocultando su desnudez con las manos, se estrechaban vergonzosas y trémulas contra el anciano, cuyo cuerpo se mostraba cubierto de antiguas cicatrices y de recientes golpes.

Los viles traficantes, separando los castos brazos de las infelices indias, las entregaban á unas miradas mas odiosas aun que las de la avaricia. Algunas mujeres blancas, instruidas en tan abominable tráfico, dictaban su fallo sobre el valor de los efectos en venta.

—Este viejo, decía un colono, golpeando al sachem con su bambú, no vale un doblon; está mutilado de la mano izquierda, está acribillado de heridas; es mas que sexagenario, y no puede servir tres años.

—Por otra parte, decía un colono, que intentaba rebajar el objeto de aquella infame subasta, para conseguirlo á precio mas infimo; estos salvajes son unos brutos que no valen la cuarta parte de un ne-

gro, pues prefieren dejarse morir á trabajar para su amo. Si se asegura uno por cada diez, no es poca fortuna.»

Mientras los villanos hablaban así, tentaban los hombres los costados y los brazos de Adario. «¡Tocadme, miserables! decía el energético indio; ¡pertenezco á una especie muy superior á la vuestra!»

«¡No he visto viejo mas insolente! dijo uno de los corredores de carne humana, y rompió su vara de Fresno en la cabeza del sachem.»

Hicieronse luego torpes investigaciones en las mujeres: la madre era vieja, estaba debilitada por las amarguras y era inhábil ya para la reproducción; la hija valia un poco mas, pero era de delicada constitución, y se creyó que los seis primeros meses de trabajo terminarían su vida. El niño, que fue arrancado enteramente desnudo á su madre, fue examinado á su vez: tenia robustos los miembros, y prometia un desarrollo satisfactorio. «Si, dijo al verlo uno de los traficantes; pero esto significa un capital anticipado sin seguridad alguna de reintegro, pues es preciso alimentarlo entre tanto.»

La desdichada madre seguía con unas miradas en que se pintaba la mas tierna solicitud, todos los movimientos á que se sometía á su hijo, temiendo le separasen de ella para siempre. Una vez el niño, apretado en demasia, exhaló un grito, y la india se arrojó para tomar el fruto de sus entrañas, pero fue rechazada á latigazos, y cayó ensangrentada vuelto el rostro al suelo, lo que excitó feroces risotadas en los concurrentes; no obstante, le fue arrojado su hijo, cuyos miembros estaban medio dislocados. La angustiada madre le tomó, le enjugó con sus cabellos y le ocultó en su seno. Concluido el mercado, la ultrajada familia recobró sus vestidos.

Adario esperaba ser quemado; mas cuando supo que era esclavo, creyó verse abandonado de su imperturbable firmeza; sus ojos buscaban con ahinco un puñal, pero se le habia privado de todo medio de suicidio. Un suspiro, ó por mejor decir, un sordo ruido se escapó del pecho del sachem, cuando fue conducido á los tugurios de los negros, mientras llegaba el día del trabajo. Allí vió con su familia bailar y cantar en su derredor á los africanos que celebraban la llegada de un americano encadenado con ellos por los europeos, en su suelo patrio. En aquel rebaño de hombres hallábase el negro Imley, acusado de haber pretendido insurreccionar sus compañeros de esclavitud; mas, como no se pudo hacerle aparecer convicto de este crimen ó de esta virtud, habia sido absuelto mediante cincuenta azotes. Imley estrechó en secreto la mano de Adario.

La misma noche que colocó á este sachem en la clase de los esclavos, acarreó nuevos pesares á Outougamiz, que no pudiendo prolongar mas tiempo el error del hermano de Amelia, ni retenerle bajo vanos pretextos en la gruta fúnebre, se determinó á romper el silencio.

—Tú me has obligado á pronunciar la primera mentira, dijo á René; no estoy enfermo, ni Mila me ha dado una cita en este lugar. Su buen Genio, que sin embargo no se parece al mio, le ha descubierto tu retiro y hemos corrido para obligarte á que te ocultes.

—¡Ocultarme! respondió René; ya sabes que no acostumbro hacerlo.

—Pues por esto he mentido, le dijo Outougamiz; hartó sabia que te enojarias si te proponia permanecer en esta caverna; y no obstante, Chactas te manda que no salgas de ella.

Entonces Outougamiz relató á su manera lo que habia ocurrido entre los Natchez, añadiendo que Adario habia adoptado el partido de retirarse, para prepararse mejor al combate.

«No lo creo! respondió René, levantándose y tomando sus armas; pero queremos á defender á Ce-

luta, que ignora mi paradero y que debe hallarse en una viva inquietud.»

«¿Y para qué, replicó Outougamiz, nos ha dejado Mila? Esta tiene mas ingenio que tú y que yo, y vuela como un pájaro.»

René quiso salir de la gruta, pero su amigo se opuso á su paso. «Há poco aun que el sol se ha puesto, le dijo; ¡espera algunos momentos mas! Ya sabes que yo te libro durante la noche.»

Estas palabras detuvieron á René, que abrazó á Outougamiz.

Entonces oyeron el rumor de una piragua que cortando el rio, llegó casi al mismo instante á la gruta: conducíala el granadero Santiago y el mismo d'Artaguette. Este saltó al peñasco, y dijo á René;

«¡Estás descubierto! Onduré que te ha hecho seguir, acaba de señalar al general el lugar de tu retiro. Noticioso por la casualidad de este hecho, he quebrantado mi arresto durante la noche, y me he embarcado en esa piragua con Santiago. ¡Gracias al cielo somos los primeros en llegar! mas, ¡huy! en la piragua hay víveres; atraviesa el rio y ponte en salvo en la opuesta orilla. ¡No titubees! Adario, que se ha negado á retirarse, ha sido preso con su familia; su hijo ha caído muerto á su lado, y él, conducido al fuerte, ha sido vendido como esclavo. ¡Nosotros procuraremos reparar estos males, al paso que tú contribuirás á agravarlos si cayeses en manos de nuestros enemigos.»

El asombro y la indignación sublevaban el pecho de René, que al fin dijo: «¡Capitan! creo no me propondeis con formalidad la fuga, cuando se desguella á mis amigos. ¡Adario esclavo! asesinado su hijo! Y mi mujer y mi hija, ¿que suerte han corrido? ¡Volemos á defenderlas, insurreccionemos la nación, libremos la tierra generosa que me ha concedido noble hospitalidad!...»

—Nosotros cuidaremos de tu mujer, de tu hija, de Chactas, y de todos tus amigos, respondió d'Artaguette, interrumpiendo á René; tú causarás en estos momentos su ruina, si te obstinas en no ocultarte. Te repito que huyas y me evites el disgusto de verte prender. Mira que espones á este valiente granadero.

—¡Qué vida la mia! exclamó René con el acento de la desesperación; luego, como asaltado por una idea repentina, añadió: ¡Pues bien! generoso d'Artaguette, no te espondré ni espondré á este valiente granadero; no comprometeré, como dices, á mi esposa, á mi hija, á Chactas y á mis amigos; pero no intentes oponerte á la resolución que acabo de tomar: ¡yo no soy un criminal, obligado á ocultarme durante el día en las cavernas y durante la noche en los bosques! Acepto tu piragua; partiré y desembarcaré en Nueva-Orleans, donde presentándome al gobernador, preguntaré cuál es mi delito, ofreceré mi cabeza en rescate de la de Adario, y alcanzaré su perdón ó pereceré.

El capitan, admirando la resolución de René, procuró disuadirle de seguirla, diciéndole: «Tus enemigos son hombres de corazón menguado, incapaces de apreciar tu mérito y el valor de ese rasgo de nobleza. Extranjero, ignorado y sin protectores, nada lograrás, ni siquiera hacerte oír. No puedo ocultártelo: las calumnias prodigadas contra tí, el poder de tus calumniadores y el rigor de la autoridad militar en una colonia recién establecida, pueden serte funestos.»

—Tanto mejor! respondió bruscamente el hermano de Amelia; la vida es para mí una carga asaz pesada y estoy cansado de soportarla. Te encomiendo á Celuta, á su hija, mi segunda Amelia!... y á Chactas, mi segundo padre!... Luego, volviéndose hácia Outougamiz, que nada habia entendido del idioma francés, le dijo en natchez:

—Amigo mio, voy á hacer un viaje; cuándo volveremos á vernos? ¡quién lo sabe! Tal vez en un lugar donde gozaremos de mas felicidad; ¡nada hay en la tierra digno de tu virtud!

—Puedes partir, si te place, respondió Outougamiz, pero ya sabes que sé seguirte y hallarte. Voy á buscar á Mila, que tiene mas ingenio que yo, y por ella sabré lo que me callas.

Oyóse en aquel momento un confuso estrépito de armas. «Ya no intento detenerme, dijo el capitan. Escribiré en tu favor á mi hermano el general y á mi amigo el consejero Harlay.» D'Artaguette mandó al granadero que saliese de la piragua, é hizo entrar en ella á René, que rechazando la marga con un remo, fue arrastrado por la corriente del rio.

Febriano no halló al hermano de Amelia, y si tan solo al capitan d'Artaguette y al granadero, y no dudó que René habia debido su salvación al celo de aquel; pues hay hombres de quienes puede creerse siempre que han obrado bien, así como hay otros de quienes puede siempre sospecharse que han procedido mal. D'Artaguette lanzó una mirada de desprecio á Febriano, que no respondió á ella sino con un ademán amenazador, dirigido á Santiago. Outougamiz, al ver alejarse á su amigo, dijo: «Con gran placer le seguiria á nado; pero es preciso que lo consulte con Mila.» Y fue á consultarlo con ella.

Fácil es adivinar cual seria el consuelo que recibió Celuta, cuando despues de largas horas de espera, vió correr en su busca á su jóven amiga, cuya risueña fisonomía anunciaba desde lejos que René se hallaba en seguridad. «Celuta, dijo Mila con fatigosa respiración, aunque hubieras estado tres lunas seguidas llorando, no le habrias hallado. Yo me he dirigido directamente, sin que nadie me la indicase, á la gruta donde estaba mi libertador. Outougamiz llegó al mismo tiempo que yo. ¡Gran Espíritu! yo hubiera tenido tanto miedo, sino hubiese tenido tanto placer! Imagina que tu hermano retiene á tu esposo en la gruta, don le hablan como á dos águilas.»

Celuta comprendió al punto que René se hallaba en la caverna fúnebre con Outougamiz, y abrazó á la afectuosa india diciéndole: «¡Encantadora niña! ahora me haces tanto bien cuanto mal me has hecho antes.»

«Yo te he hecho mal! respondió atónita Mila. ¿Cómo! no quieres que me case con tu hermano Outougamiz el Simple? No obstante, acabamos de prometernos casarnos en la gran caverna.» Y Mila volvió á alejarse, diciendo: «Ya vuelvo! ya vuelvo!» pero es preciso que vaya á dejarme ver de mi madre.»

Celuta llenó una cesta de rosquillas y frutas, suspendió su hija de sus espaldas y apoyada en una caña se adelantó hácia la gruta de los Antepasados. Era mas de media noche cuando llegó á ella, y no pudo menos de sentir un oculto terror al acercarse á aquel formidable lugar. Detúvose y escuchó, pero ningún rumor llegó á sus oídos; nombró en voz remisa á Outougamiz, no atreviéndose á llamar á René, sin que voz alguna respondiese á la suya.

«¡Tal vez duermen!» se dijo á sí misma, y penetró en el subterráneo, marchando sobre los huesos que rodaban sobre sus pies; á cada paso repetia estas palabras: «¿Estais aquí?» pero sus acentos se desvanecían en el silencio de la muerte. La india se sintió próxima á desfallecer y recorrió con su mirada las sombras de aquella caverna, donde ningún ser respiraba.

Celuta salió despavorida, y trepando la escarpada orilla dirigió sus ojos al rio y á los campos, que apenas se veían á la dudosa luz de las estrellas; llamó á René y á Outougamiz, calló, volvió á gritar, calló de nuevo, y se fatigó en vanas escursiones, resol-

viéndose unicamente á tomar el camino de su cabaña al divisar los primeros albores del día.

La hija de Tabamica atravesaba la gran ciudad, abandonada por la mayor parte de sus habitantes despues de la violenta prisión de Adario, cuando oyó pasos á su espalda, y volviendo la cabeza vió á su hermano, á quien preguntó: «¿Dónde está tu amigo?» — «Ha marchado, respondió Outougamiz; tal vez nunca regresará, pero ¿qué importa esto, si voy á reunirme á él? Ignoro á donde ha ido, pero Mila me lo dirá.» Mila que acababa de dejar á su madre, llegó á la sazón y vió llorosa á Celuta, y á Outougamiz con el aire de inspiración que tenia cuando la amistad le animaba; al saber el motivo de sus nuevos temores, les dijo: «Estais atribulados por una frusleria; vamos al fuerte de Rosalia, donde el otro buen guerrero blanco nos hará sabedores del paradero de mi libertador.» Esto diciendo, abrió la cesta de Celuta, distribuyó los frutos y las rosquillas, y tomando buena parte, empezó á bajar hácia la colonia, haciéndose seguir del hermano y de la hermana.

El sol alumbraba en aquel momento una escena horrorosa. Adario habia sido recibido con cantos y bailes por los negros, sus compañeros de esclavitud, y la noche habia pasado en aquella brutal alegría de las cadenas. Al amanecer, el cómitre de aquella tralla de hombres condujo al sachem al campo del trabajo, entre algunos bueyes y negros. Muchos soldados acampaban no lejos de allí.

La esclavitud de Adario y de su familia era un duro ejemplo con que el general se proponia intimidar á los que él llamaba rebeldes. Habia sabido que la noche habia pasado tranquilamente entre los Natchez, pero se ignoraba que aquella falsa tranquilidad era efecto de los ardides de Onduré. Chepar creyó á los indios abatidos, y para acabar de subyugar sus ánimos independientes, quiso mostrarles al mas famoso de sus ancianos, despues de Chactas, reducido á la afrentosa condicion de esclavo. Al efecto, dió orden para que se permitiese á los salvajes acercarse al campo del trabajo, con tal que se presentasen sin armas.

El cómitre de los negros hizo á Adario una señal con el látigo, y le mandó escardar las yerbas en un plantío de maiz; pero el altivo sachem ni aun se dignó mirar al degradado pastor de hombres. Ya su esposa é hija, que llevaba su niño á las espaldas, estaban encorvadas sobre un sureo; Adario gritóles entonces con una voz terrible: «¿Qué haceis?» Las mujeres se enderezaron, pero el látigo las obligó á encorvarse de nuevo. Adario recibia los golpes que le arrancaban girones de carne, cual si su cuerpo fuese el insensible tronco de una encina.

En aquel momento se vió llegar á un anciano ciego, guiado por un niño: era Chactas, que á pesar de la deliberación del consejo y de la oposición de Onduré, se habia presentado solo con el calumet de paz á la puerta del fuerte de Rosalia. Chepar se habia negado á recibirle, y entonces se hizo trasladar al campo del trabajo.

Chactas era tan respetado hasta por los europeos, que el cómitre creyó no debía impedirle que se acercase á su amigo. Los dos viejos permanecieron largo rato estrechamente abrazados: «Adario! dijo al fin Chactas; ¡yo tambien he sido esclavo!»

—Si, respondió Adario; pero no veias los árboles de la patria.

—Pronto recobrarás tu libertad, añadió Chactas; ¡ó todos sucumbiremos, ó serás rescatado!

Poco me importa mi rescate, pues mis manos están deshonradas para siempre. Además, solo me resta un día de existencia; ¡pero el niño que ahí ves, hijo del hijo que esos forajidos han asesinado ayer á mi lado, se arrastrará toda su vida en la esclavitud!»

—¡Viejos! gritó el cómitre; basta ya, ¡separaos!  
«—Espera á lo menos, repuso Adario, á que Chactas haya abrazado mi último hijo. Hija mía, dame mi nieto, pues quiero entregarlo á mi antiguo amigo, para que este amigo, libre hoy, le de una bendición que no pertenece á mis encadenadas manos.»

La hija de Adario le entregó temblando su hijo: Adario lo tomó, lo cubrió de tiernos besos, lo levantó al cielo, acercóle de nuevo á sus labios paternos é inclinó su respetable cabeza sobre el rostro del niño, que le sonrió inocente: el sachem le apretó convulso sobre su seno, desvióse como para llorar sobre el último vástago de su raza, y quedó inmóvil durante algunos momentos.

Adario se volvió, y asiendo por un pie al estrangulado niño, lo arrojó á los franceses, diciéndoles: «¡El primero murió libre! yo he dado libertad al segundo; ¡ahí le teneis!»

Los concurrentes alzaron confusos clamores. «¡Oh crímenes sin nombre! gritaban unos: ¡oh virtud sin ejemplo!» exclamaban otros. Los salvajes que este triste espectáculo miraban, aunque habían dejado sus armas, por estar así dispuesto, se precipitaron sobre los soldados, trabándose una sangrienta refriega en que quedaron vencidos. Adario fue sepultado en las mazmorras del fuerte, acompañado tan solo de su hija; ¡de su hija, que no alimentaba ya el fruto arrancado á sus pechos por la mano paterna! La anciana esposa de Adario, herida por ignorado acero en medio de la pelea, habíase ya reunido en la tumba á su hijo y á su nieto.

Todo era posible en lo sucesivo á la ambición y á los crímenes de Onduré, pues la indignación de los Natchez no conocía ya límites, y podía hacerlos entrar en todos los proyectos por cuyo medio había prometido vengarles cumplidamente. Solo se trataba ya de apaciguar una tempestad demasiado violentamente escitada, y cuyos estragos no estaba aun Onduré preparado á recoger. Érale preciso esperar á René, que se había sustraído á las primeras maquinaciones; érale preciso inmolarlo en medio del exterminio de los franceses, apoderarse de Celuta y escalar por último el poder supremo restableciendo el antiguo despotismo de los Soles: tales eran los negros propósitos que el indio acariciaba.

Apenas René perdiera de vista el país natche, cuando contentándose con regir la piragua con un remo colocado á su popa, habíase abandonado á la corriente. La hermosura de las orillas y el primer brillo de la primavera en los bosques, no distraían su honda tristeza.

Dominado por ella, trazó estas líneas con un lápiz en un libro de memorias:

«¡Heme aquí solo! Magnífica naturaleza que me rodeas mi corazón te idolatraba en otro tiempo; ¿me habré hecho insensible á tus encantos? El infortunio me ha herido; su mano me ha marchitado.»

«¿Qué he conseguido, viniendo á estas regiones? ¡insensato! ¿no debiste presagiar que tu corazón labraria tus tormentos, fuesen los que fueren los lugares habitados por ti?»

«¡Radiantes ilusiones de mi triste juventud! ¿por qué renaceis en mi memoria? Solo tú, ¡oh Amelia mía! adoptaste el partido que debías adoptar! A lo menos si lloras, lloras en el abrigo del puerto, mientras yo gimo á merced de las olas, en medio de la tormenta.»

Al acercarse á Nueva-Orleans, René vió una cruz clavada por los misioneros sobre unas erguidas colinas, en el lugar donde había sido hallado el cadáver de un hombre asesinado. Tocó la orilla, y atando su piragua al tronco de un álamo, hizo una peregrinación á la cruz; pero sus ruegos no habían de ser oi-

dos porque iba á pedir, no el perdón de sus faltas, sino la emancipación de las penalidades que Dios impone á todos los hombres. Al llegar al pie del calvario, arrodillóse y exclamó con religioso fervor:

«¡Oh tú, que has querido dejar en la tierra este «sagrado instrumento de tu muerte, como un momento eterno de tu caridad y de la iniquidad del «malvado! ¡Divino viajero en la tierra! dame la fuerza que he menester para continuar mi camino. Debo «atravesar todavía países abrasados por el sol; «tengo hambre de tu maná, ¡oh Señor! porque los «hombres me han vendido un pan amargo. Llámame «presto á la patria celestial, pues no tengo tu sublime «resignación para apurar las heces del cáliz; mis «huesos están fatigados, y rotos mis pies á fuerza de «caminar por tan ásperos senderos: ningún huésped «ha querido recibir al extranjero; ¡todas las puertas «le han sido cerradas!»

René puso al pie de la cruz una rama de encina como un *ex-voto*; y bajando de las colinas tornó á su piragua, y no tardó en descubrir la capital de la Luisiana.

Atravesaba por entre los buques anclados ó amarrados á lo largo de los muelles, cuando al cruzar por un laberinto de cables, le fue preguntado en francés con una boccina desde una fragata á la cual estaba confiada la policía del puerto: «¿De qué nación india eres?» René respondió: «Del país natche.» Entonces se le mandó trasladarse á bordo de la fragata.

Admirado el capitán de esta al ver un francés vestido de indio, le pidió sus pasaportes, pero René no los tenía. Preguntado acerca del objeto de su viaje, respondió que no podía declararse sino al gobernador. Registrada su piragua, se halló su libro de memorias, cuyas páginas escritas con lápiz parecían ininteligibles y sospechosas. René fue detenido á bordo de la fragata, la que envió á tierra un oficial encargado de comunicar al gobernador la captura de un francés disfrazado de salvaje, que titubeaba en sus respuestas y cuyos modales eran extraordinarios. El capitán añadía en su despacho que el extranjero se negaba á revelar su nombre y que solicitaba una entrevista con el gobernador: el oficial era además portador del libro de memorias encontrado en la piragua.

Viva era la alarma que reinaba en Nueva-Orleans, pues aun no había cesado la inquietud desde la batalla dada á los Natchez, batalla en que estos habían desplegado tanta pericia y arrojo. Chepar hacia salir incesantemente comunicaciones atestadas de pomeros alarmantes acerca de la indocilidad de los indios, y en las que se leían siempre los nombres de sus diferentes caudillos: estos nombres eran los que Febriano, instigado por Onduré, denunciaba á todas horas al imbécil Chepar. Adario, el mismo Chactas y especialmente René eran citados como los autores de una conspiración permanente, como unos discolos que deseaban el rompimiento de los tratados y que se oponían al establecimiento de los concesionarios. El último despacho comunicaba la captura de Adario, y hacia temer un movimiento hostil por parte de los salvajes.

Si Onduré abrumaba á René con sus calumnias, Febriano le revestía de sus crímenes: así, el pueblo contaba que había pisado un crucifijo, que había vendido su alma al demonio, que pasaba su vida en los bosques con una india entregada á la magia, y que habiendo sido muerto en una batalla contra los illineses, un salvaje, nigromántico como él, le había resucitado: ¡elevación del genio, sacrificios del amor, prodigios de la amistad y de la virtud, ¡vosotros seréis eternamente un enigma para los hombres!

El gobernador, que á la lectura de la carta del capitán, no dudó que el extranjero era aquel hombre desconocido, naturalizado entre los Natchez, mandó

le fuese presentado. En breve circuló por toda la ciudad la noticia de que el famoso caudillo francés de los Natchez había sido capturado; por lo que las calles se poblaron de una muchedumbre fanática, y los balcones de espectadores. Rodeado de aquel tumulto, René, escoltado por un destacamento de soldados de marina, desembarcó en la cala del puerto, resonando entonces los repetidos gritos de *viva el rey!* cual si se hubiese alcanzado alguna señalada victoria. No obstante, el asombro llegó á su colmo cuando en lugar del extraño personaje que todos habían soñado, se dejó ver un puesto joven cuyo continente era noble sin orgullo, y en cuya serena frente no se pintaban ni la necia insolencia ni los negros remordimientos.

El gobernador le recibió en una galería donde se hallaban reunidos los oficiales, los magistrados y los principales habitantes de la ciudad. Adelaida, la hija del gobernador, había querido también ver al hombre á quien solo conocía por las relaciones del capitán d'Artaquette, y cuyo libro de memorias acababa de leer con una mezcla de interés y admiración. Al comparecer René, todos guardaron un profundo silencio; entonces, él se acercó al gobernador y le dijo: «He venido á buscaros, y la fortuna me ha sido favorable por la primera vez de mi vida, pues me ha traído á vuestra presencia antes de lo que hubiera podido prometerme.»

El aspecto, las miradas y la voz del extranjero sorprendieron no poco á la asamblea, pues nadie podía hallar en él al vagabundo sin educación y sin sentimientos que los informes recibidos pintaban sin cesar. El gobernador, hombre de frío y reservado carácter, no pudo dejar de admirar el aire de nobleza del hermano de Amelia, pues se advertía en su persona cierto ascendiente que dominaba los ánimos. Adelaida se mostraba muy agitada; pero su padre, lejos de sentirse mas predisposto en favor del desconocido, le miró desde entonces como infinitamente mas peligroso que el hombre vulgar de quien hablaban los partes del fuerte de Rosalia.

«Puesto que habeis venido á buscarme, dijo el gobernador, tendreis sin duda algunos hechos que revelar; ¿cuál es vuestro nombre?»

—René, respondió este.

—Todos lo habían sospechado, replicó el gobernador. ¿Sois francés y naturalizado natche? decidme, pues, lo que queréis.

—Supuesto que sabeis ya quien soy, dijo René, habreis adivinado sin duda el asunto que me trae á vuestra presencia. Adoptado por Chactas, ilustre y sabio anciano de la nación natche, he sido testigo, no sin dolor, de todas las injusticias cometidas con este pueblo. Una turba infame de hombres lanzados aquí por la corrupción europea, ha despojado de sus tierras á una nación independiente, turbándola en sus fiestas, hiriéndola en sus costumbres, contrariándola en sus tradiciones. Tantas calamidades la han sublevado al fin; pero antes de empuñar las armas os ha pedido y ha esperado justicia; pero engañada en su legítima esperanza, han tenido lugar sangrientos combates. Mas, cuando se ha visto que no se podía subyugar á los natchez por medio de una guerra franca, se ha apelado á unas treguas mal respetadas por los jefes de la colonia. Há pocos días que el comandante del fuerte de Rosalia se ha dejado arrastrar hasta cometer los mas inauditos excesos; yo he sido designado con Adario, tío paterno de mi esposa, como una de las primeras víctimas. Este respetable sachem ha sido preso y vendido públicamente; pero ignoro las catástrofes que han podido resultar de tan monstruosa violencia. Yo he venido espontáneamente á entregarme á vuestros manos y á proponerme en rescate de Adario. No descenderé á justificaciones que desprecio, ig-

norando por otra parte los cargos de que soy objeto: la sospecha de los hombres es ya un vivo indicio de inocencia. Vengo únicamente á declararos que si entre los natchez se oculta algun conspirador, yo soy ese conspirador, porque me he opuesto constantemente á vuestra tiranía. Si como francés puedo parecer culpable, como hombre soy inocente. Desplegad, pues, vuestro rigor sobre mí, pero permitidme que os pregunte: ¿Podeis con razon castigar á Adario por haber defendido su patria? Abrigid mas equitativos sentimientos; romped los grillos de un generoso salvaje, cuyo único crimen es amar su suelo natal. Si me privais de la libertad y la restituís á este sachem, satisfareis á la vez la justicia y la prudencia. No se me replique se puede retenernos á los dos: al dar libertad á Adario, dispondreis en vuestro favor á los indios, que reverencian este anciano, y que no os perdonarán jamás su injusta esclavitud, mientras que al tomar venganza de mí, no armareis un solo brazo en contra vuestra; y nadie, ni aun yo, reclamará contra la bala que me atraviese el pecho.

Imposible es describir el efecto que produjo este discurso. Adelaida vertía copiosas lágrimas, pues apoyada en el respaldo del sillón de su padre, había escuchado con avidez las palabras de René, y en su rostro se pintaban todos los movimientos de temor ó de esperanza que el prisionero voluntario hacia experimentar á su corazón.

—¿Habeis esgrimido las armas contra los franceses? le preguntó el gobernador.

—No tuve parte alguna en el combate de los Natchez, respondió René, pues servía á la sazón en las filas de los guerreros que marchaban contra los illineses; pero si me hubiese hallado en la gran ciudad, hubiera resuelto combatir por mi nueva patria.

Al oír estas palabras, el gobernador se levantó y dijo: «El consejo de guerra dictará su sentencia.» Y mandó se encerrase al extranjero en la prisión militar.

René fue conducido á ella, y al día siguiente compareció ante el consejo. Habíasele nombrado defensor, mas él se negó á hablarle y aun á verle. El defensor, Pedro de Harlay, amigo del capitán d'Artaquette, estaba próximo á casarse con Adelaida, y participaba del noble interés de esta hacia René: hasta su negativa á verle le hizo tomar con mas calor la causa de un hombre que tan poco se parecía á los demás.

La sala del consejo estaba llena de todos los sujetos mas notables é influyentes de la colonia. Los militares encargados de la instrucción de la sumaria, hicieron á René las preguntas de costumbre, exhibiéndose algunas cartas del comandante del fuerte de Rosalia contra su persona. Preguntósele lo que significaban las frases escritas en su libro de memorias, y si el nombre de Amelia era un nombre supuesto que encerraba algun misterio. El semblante de René se cubrió de palidez, pues una alegría cruel se había deslizado en su corazón, porque hallarse inocente y ser condenado por las leyes era, en la naturaleza de sus ideas, una especie de triunfo sobre el orden social. Una sonrisa de desprecio fue su única respuesta á los cargos de traición que se le dirigieron, é hizo el mas tierno elogio de Celuta, cuyo nombre había sido pronunciado, repitiendo que había ido exclusivamente á solicitar la libertad de Adario, tío de su mujer, y que por lo demás podían hacer de él lo que pluguiese á Dios.

Harlay se levantó y dijo:

«Mi cliente no ha querido ser mas esplicito conmigo que con sus jueces, pues se ha negado á defenderse; pero ¿no es fácil hallar en sus laconicas respuestas algunas palabras que proyectan mucha luz sobre un complot infame? Con cuánta viveza ha hablado de la india unida á su suerte! ¿Y quién es esta mu-